

Leyenda: El mesonero y la laguna de Taravilla

Los mitos, leyendas, cuentos y narraciones antiguas son una parte importante de las tradiciones de todos los pueblos, es por ello que siempre me ha sorprendido que en nuestra comarca sean escasos o inexistentes tales relatos, yo al menos no recuerdo ninguno de estas características contado en mi familia. Parece ser que somos un pueblo muy realista y poco dado a la fantasía; no tenemos ni relatos de hadas, duendes o fantasmas, ni de apariciones de Vírgenes o de Santos por estos pagos.

Así pues, a la hora de echar mano de algún relato de fantasía y leyendas, por eso de decir que también nosotros tenemos relatos de mitos, leyenda y cuentos, y hacernos un hueco en ese mundo de fantasía y relatos que sobrepasan la mera historia cotidiana, he tenido que recurrir a leyendas del contorno, que a fin de cuentas también forman parte de nuestra historia común. He aquí la historia.

Cuenta la leyenda que hubo un tiempo en el cual la armonía y la bondad reinaban sobre la Tierra: no existía el mal. Pero las fuerzas del mal y su cohorte de demonios estaban allí, esperando su oportunidad. Y está llegó, atraída por la codicia de los hombres, intentando apoderarse del mundo y de cuanto ser lo habitase, pero tampoco el bien fue derrotado del todo, y así quedaron las cosas, el bien y el mal estarían presentes en la vida de los hombre, como coexisten la noche y el día, la luz y la sombra. Y cuentan que uno de estos espíritus del bien estableció su morada en una laguna de limpias aguas cerca de Taravilla, y dijo que nunca las fuerzas del mal tendrían poder allí. La laguna nunca sería cómplice del mal, y delataría a los malvados que cometiesen sus crímenes en sus aguas.

Mucho tiempo después de esto, un mesonero vivía por esos contornos, era un hombre codicioso. Desgraciadamente para él la situación de su negocio era mala, y cada vez eran menos los viajeros que hacían alto en su venta.

Una noche, en medio de un gran tempestad que parecía el fin del mundo, alguien llamó con fuerza a la puerta del albergue, al abrir apareció un solitario caballero, lujosamente ataviado y con un hermoso alazán.



Laguna de Taravilla.

-Mesonero, dijo el caballero, prepárame lo mejor que tengas para la cena y atiende a mi caballo que está afuera.

Así lo hizo el mesonero. Más tarde mientras el huésped descansaba en la mejor habitación, el diablo de la codicia empezó a tentarlo:

-Es tu oportunidad, este rico caballero no es de la comarca, ha llegado aquí extraviado del camino real, con la tempestad nadie lo ha visto y nadie sabe que está aquí. Si desaparece, ¿quién lo sabrá?

Y así, cegado por la codicia, toma un cuchillo del mesón y sube sigilosamente a la habitación, el caballero dormía profundamente, podía oír sus ronquidos. Venciendo el último escrúpulo moral y con mano temblorosa pero guiada por la avaricia, apuñala con saña a la indefensa víctima. A continuación registra su equipaje y encuentra una bolsa repleta de monedas de oro y plata.

-Ahora soy rico, exclamó, y una sonrisa de satisfacción surcó su rostro.

Tenía que deshacerse del cuerpo, pensó primero en arrojarlo a un sima o enterrarlo, pero luego le dio miedo que algún pastor o cazador, o sus perros lo encontrasen. Decidió arrojarlo a la laguna de Taravilla, no lejos de allí; se decía que tal laguna no tenía fondo, llegando a los más insondables abismos. Así lo hizo, cargó el cuerpo en una caballería, lo metió en un costal lleno de piedras, lo cerró y lo arrojó a las profundas aguas de la laguna. Su crimen quedaría impune, su secreto se guardaría allí eternamente.

Esa noche durmió con las bolsas de oro y plata y su sueño fue placido, pero al despertar un súbito pensamiento le vino a la mente y le estremeció: había dejado el cuchillo clavado en el cuerpo del caballero, y sus cuchillos tenían grabadas sus iniciales por el herrero del pueblo y eran conocidas en toda la comarca.

Sin embargo, pensó que sus temores eran infundados, el fondo de la laguna guardaría eternamente el cuerpo del delito. Su crimen no se descubriría.



Mesón de «época».

Días después llegó a sus oídos que unos alguaciles de Rey habían preguntado por la comarca por un caballero y al no tener ningún indicio de su presencia por esas tierras no volvieron a indagar más.

-La suerte me sonríe, pensó, nadie vio al caballero, nadie me relacionará con él.

El mesonero hizo correr la voz de que había heredado una buena cantidad de dinero de un pariente lejano y vivía una vida desahogada y cómoda. Sólo una cosa le atormentaba, algunas noches soñaba que un fantasma surgía de la laguna y le increpaba:

-No disfrutarás eternamente del fruto de tu crimen, la laguna de Taravilla no será cómplice de tu delito y pagarás tu cobarde asesinato.

Entonces se despertaba súbitamente, bañado en sudor y con el corazón latiéndole desbocado. Pero luego se tranquilizaba, ¿cómo iban a descubrir el cadáver en el fondo de la laguna?, sus temores eran infundados, una mala pasada de su imaginación.

Los meses iban pasando y ya los temores del mesonero habían desaparecido, ni siquiera tenía pesadillas; llevaba una buena vida.

Un día, de repente, todos aquellos montes temblaron con fuerza, era como un rugido que salía de las entrañas de la tierra. El terremoto causó pavor entre los habitantes de aquellas sierras y no pocos daños. Pero este infrecuente fenómeno produjo otro aún más inaudito: las aguas de la laguna comenzaron a bajar rápidamente, el agua era tragada por las costuras de la tierra hacia profundas cavidades. Tal suceso inaudito corrió como un rayo por toda la comarca y multitud de gentes acudieron allí a observarlo, al principio como una cosa de brujería o algo sobrenatural, pero pronto se pusieron a sacar provecho de la situación, por eso de: «a Dios rogando pero con el mazo dando», pescando una gran cantidad de peces, cangrejos y otros animales; y ocurrió que uno de estos pescadores atrapó un pesado fardo y al abrirlo encontraron un cuerpo humano vestido con buenas ropas y con un cuchillo clavado que todos reconocieron. Pronto acudieron los alguaciles y no les llevó mucho tiempo llegar a la conclusión de que ese era el caballero desaparecido y fueron prestos a interrogar al mesonero sobre el arma homicida. La escena que vieron al entrar en la venta los alguaciles y los numerosos aldeanos que les acompañaban ávidos de curiosidad fue tremenda, el mesonero estaba frente a ellos ahorcado de una viga del techo, no había osado enfrentarse a la gravedad de sus actos.

El mesonero fue enterrado fuera de sagrado como se hacía con los criminales que no se habían arrepentido de sus crímenes, ya que no se le había podido castigar en vida se le castigaba en muerte, haciendo que su alma no encontrara descanso en el más allá.

El caballero fue llevado a su tierra y tuvo al menos un entierro cristiano y piadoso, y ocurrió que al poco tiempo de ello el agua volvió a brotar en la laguna llenado poco a poco sus antiguos dominios hasta quedar restablecido el nivel.

Y así se extendió por aquellos pagos la leyenda de que las aguas de la laguna se retirarán cada vez que alguien quiera sepultar en ellas su infame crimen, no volviendo a aparecer hasta que a la víctima se le dé sepultura cristiana y honorable y el criminal pague por sus actos.

Esta es la leyenda, pero lo cierto es que a lo largo de los siglos hay datos que confirman que la laguna de Taravilla ha desaparecido y reaparecido en varias ocasiones. Y bien pudiera ser que en estas ocasiones haya mostrado algún siniestro secreto. Y así es como muchas leyendas bien pueden ser una explicación de una realidad pasada que ahora juzgamos imposible, y es que ha habido muchos mundos y no sólo el que conocemos ahora.

José Manuel Mayordomo